



# DISCURSO



DEL GENERAL DE DIVISION

 **Bernardo Reyes**

Secretario de Guerra y Marina

Leido por su autor en la clau-

\* \* \* sura de las \* \* \*

PRIMERAS CONFERENCIAS  
CIENTIFICAS DE LA ASOCIA-  
CION DEL COLEGIO MILI-  
TAR. \* \* \* \* \*



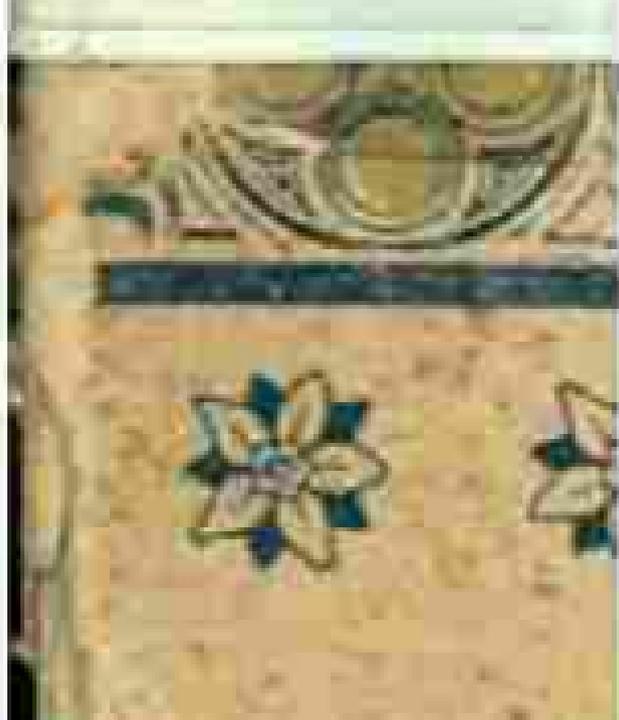
JOSE R. O'FARRILL, EDITOR



U104  
R4



U104  
R4





Discurso del  
General de División



*Bernardo  
Reyes* 

SECRETARIO DE GUERRA Y MARINA



LEIDO POR SU AUTOR EN LA CLAUSURA DE LAS \* \* \*

Primeras Conferencias Científicas  
de la Asociación del Colegio Militar 

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

EDITOR, JOSE R. O'FARRILL  
CALLE DE CHIQUIS, NUM. 8  
1902



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

49585





Discurso del  
General de División



*Bernardo  
Reyes* 

SECRETARIO DE GUERRA Y MARINA



LEIDO POR SU AUTOR EN LA CLAUSURA DE LAS \* \* \*

Primeras Conferencias Científicas  
de la Asociación del Colegio Militar 

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

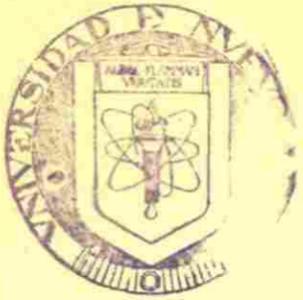
MEXICO

EDITOR, JOSE R. O'FARRILL  
CALLE DE CHIQUIS, NUM. 8  
1902



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

49585

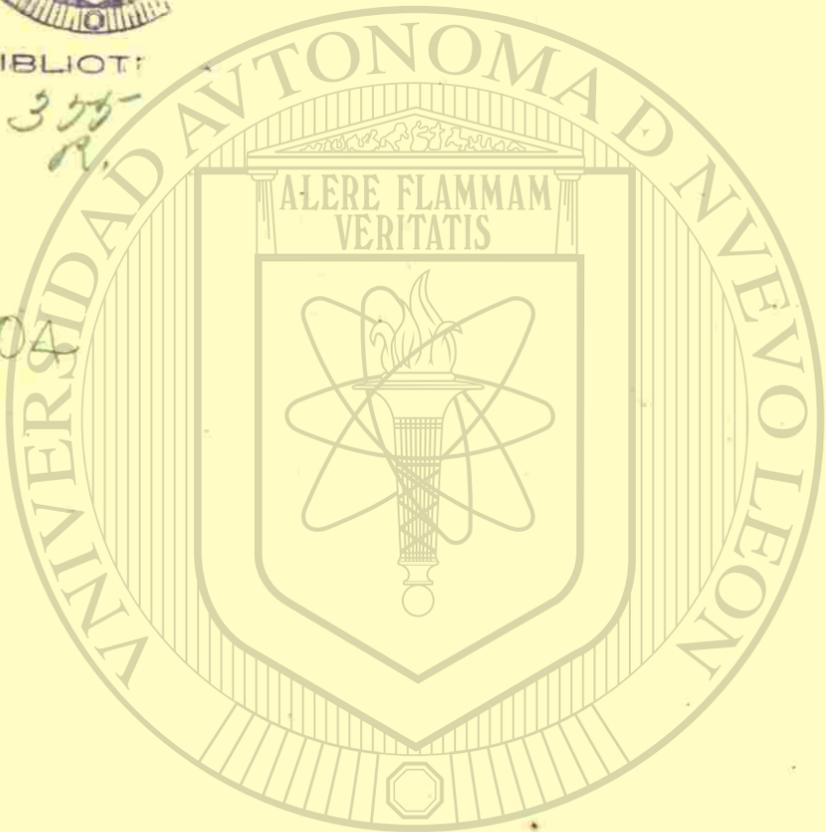


1020113289

BIBLIOT:

355-  
R

U 104  
R 4



FONDO NUEVO LEON

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SEÑOR PRESIDENTE,

SEÑORAS y SEÑORES:

Considerar que me dirijo á lo selecto de una sociedad en que preside la más alta representación de la República; concurso que la mujer ornamenta con su gracia y su belleza, y en que figura y brilla el elemento militar que amo; y considerar que tengo que discurrir, sobre uno de los puntos más elevados del destino de la Nación, es sentir que se precipitan las pulsaciones de mi sangre, ansiosa de vitalidad sublime; es sentir ascender por mi sistema nervioso, el fluido magnético, que con vibrantes ondas sacude el cerebro, para que grite al pensamiento: ¡vuela!

Efectivamente, tengo el honor de dirigiros la palabra, con motivo de la clausura de las primeras conferencias científicas de la antigua Asociación del Colegio Militar, que ha llegado con esfuerzos meritisi-



mos á la etapa anhelada, en que al crecer se transforma y magnifica; y como su ascención y sus florecimientos, se traducirán en viriles *sports* para aguerrir campeones, y se han derramado ya en estas conferencias, en fulgores múltiples de la ciencia y del arte militar en sus discursos; y como esto se enlaza gloriosamente con la evolución patriótica que en la actualidad conmueve á la juventud mexicana, arrastrándola hacia un ideal que es bandera, y á una bandera que en su raso tiene escrito el lema divino de *Independencia de la Patria*; por esta concurrencia de acontecimientos que se complementan, para realizar el ideal sublime, sube de importancia el hecho que se celebra, las conferencias cuya clausura tiene efecto en solemnisimo acto, que augura la animosa prosecución de los trabajos transcendentales de la Asociación del Colegio, la cual ansía la palma de benemérita, para cantar, blandiéndola, el himno del triunfo.

¡Qué espectáculo tan consolador se presenta á la vista de los que con dolor y afán, siguiendo victoriosa ó vencida la enseña de la República, hemos recorrido la mayor parte del camino de nuestra existencia; qué espectáculo tan consolador, mirar, antes de derrumbarnos en tierra, cómo el elemento militar dignificado por la historia, es con amor acogido por la Nación, y se filtra en sus venas, y se enciende en su espíritu, y levanta sus ideales, y hace oír su voz desde las tribunas,

y hace acudir corriendo, volando á reforzar sus filas, á la juventud de todas partes, de todas las clases sociales, como al llamado del toque vibrante de clarín profético, que suele sonar en los instantes solemnes de la historia de los pueblos . . . . !

Grandioso, consolador, es ver cómo se levantan en llama de amor á la Patria, todas las nobles aspiraciones, para procurar individualidad indestructible y vigor gigante á la nacionalidad, á fin de que, sin quedar rezagada por miserable ó por débil, ó por temor de ser absorbida al ponerse en contacto con las grandes, dignamente pueda entrar á la liza, luchar en las bregas del progreso humano, á la par que las demás potencias del hemisferio; emprender la gloriosa ascención á que la llama su destino en este continente, en que le ha tocado en suerte, por su antigua historia, por sus luchas, por sus desgracias y sus glorias, y por su situación geográfica, ser la visible piedra miliaria, y la frontera en los tiempos y en las razas.

Núcleo un Ejército, que á fuerza de merecimiento, de sacrificarse heroico en la guerra, y de educarse é ilustrarse brillante en la paz, tiene por lema la ley, por norma el deber y por religión el honor; núcleo ese Ejército, que á fuerza de merecimiento ha alcanzado la estimación nacional, levanta la bandera, la que flameante surgió en Iguala, la ametrellada en 1847; la que doliente, amparó enemigos campos en la guerra civil

por las instituciones, la que congregó á las legiones de la Patria de 1862 á 1867; la, al fin de todo, victoriosa bandera de México independiente, la levanta, y al toque sonoro de llamada, atrae á sí las entusiastas Reservas; y asociaciones científicas como la del Colegio Militar ilustre, y las que promueven en todos los centros de la República los Oficiales de la 2ª Reserva, y clubs hípicas militares, y Comités de Sargentos y Cabos Reservistas; todos, con esfuerzo soberano, concurren aubelantes á la evolución grandiosa que tiende á hacer más fuerte y más respetada á la Nación, bajo aquella bandera.

Por eso, en este instante histórico en que tiene efecto evolución semejante, he juzgado más trascendental, de inmenso alcance, el auge á que llega la Asociación del Colegio Militar, repartiendo rayos de luz y calor en sus conferencias: en ellas hemos escuchado al arte y á la ciencia militares, que levantan su voz y producen marcial entusiasmo en los recientemente iniciados, y en los por cualquier circunstancia rezagados, para venir á apretar las filas de los que quieren que en México no haya aislada una sola especial clase militar, sino que el país entero lo sea ó pueda serlo; y que, sin exigir sacrificios al Tesoro, teniendo por núcleo al Ejército, esté dispuesto para salvar, si el porvenir nos depara posibles asechanzas, la dignidad y la autonomía de la Nación.

Por esto es que tales conferencias han sido motivo de satisfacción para el Gobierno. Todas las armas y servicios, han tenido un representante en su tribuna.

Como en arco triunfal de entrada, un orador brillante pronuncia el discurso inaugural; y después, en marcha y el marcial desfile.

*La Infantería*, la que no tiene que escogitar terreno para combatir; la que se aventura en el profundo subterráneo, para alumbrarlo con sus fuegos en el encuentro sombrío; la que perseverante, defiende la muralla; la que ataca y muere sobre la brecha; la que bajo el golpe de los proyectiles enemigos, escala el muro; la que pelea en mar y tierra, en la montaña y en el valle; la principal arma del Ejército; la que es protoplasma donde viven y alientan las otras armas; la infantería, tuvo su intérprete, que nos habló en general de ella, y expuso sus personales opiniones sobre la indumentaria y el tiro.

Puntos interesantísimos, de que se ocupa con empeño y atención la Secretaría de Guerra: *la indumentaria*, que envuelve lo relativo á la higiene en las diarias funciones, mayor desahogo en las marchas y facilidad de acción de cada combatiente; *el tiro*, cuyo ejercicio y perfeccionamiento significa en el arma de que se trata, dotada con su potente fusil moderno de alcance asombroso, el principal poderoso agente de sus triunfos. . . . . !

Alguien ha dicho con verdad, que las condiciones indispensables del soldado de infantería, son: *saber marchar con rapidez y desahogo*, en lo que interviene la indumentaria; *y sobre todo, saber tirar*.

*La marcha* en las previas operaciones estratégicas; *la marcha* en las maniobras tácticas, y luego las filas se conmueven, y *al paso veloz* toman formaciones de combate: el enemigo está al frente; las bandas lanzan á los aires el electrizador *paso de ataque*, y suenan los mortíferos fuegos de la fusilería, segando vidas, y el *paso de ataque*, que no cesa de oírse, tonante, enfurecido, obliga, impelido tiránico á marchar, á avanzar, á hacer fuego, á embrazar al fin el arma, y á *paso de carga*, hollando cuerpos sangrientos, arrastra hasta abordar al enemigo á la bayoneta. . . .!

¡Rugen las olas que se encuentran!

Pero *la marcha, el fuego*: he allí el desideratum de las victorias en la Infantería.

*La Caballería*, la que valiente explora y da seguridad á los ejércitos; la que lanza adelante sus débiles patrullas, por montes y veredas intrincadas, en la negrura de la noche; la que, tras ellas, arroja á vanguardia Escuadrones para sorprender y estorbar á los contrarios en sus operaciones de movilización, y en las marchas parciales que tienen de ejecutar para concentrarse antes de embestir; la que dislocada corre al galope por campos y por serranías á buscar al enemigo;

la arma plástica, que toma todos los contornos que afectan en sus marchas y formaciones las tropas contrarias que avanzan; la que audaz va de cerca y por los vacíos que dejan, á atisbarlas para darse y dar cuenta de sus efectivos y de su situación; la atrevida, que corre á tentarles el corazón para saber si medrosas ó con bravura avanzan; la inteligente, que por lo que mira y siente, prevé los designios del contrario, para prevenir y dar avisos oportunos al General Jefe del Ejército, de lo que mira, de lo que siente, de lo que toca y de lo que conjetura; la que al enfrentarse los opuestos bandos, se dispone, arma de asalto y de combate, como ha sido preciso convenir que sea, después de vacilaciones que motivaron á mediados del siglo anterior, la infeliz vergonzosa decadencia de la ciencia y del arte que renacen; se dispone, arma de asalto y de combate, repito, para efectuar su tempestuoso encuentro, á donde tiene de llevar todos sus entusiasmos y energías, todo lo que de divino hay en la aspiración inmensa de la gloria; porque la prueba es terrible, es grandiosa. Son dos huracanes que se chocan, ó es el alud que se desprende espantable, sobre infantería y cañones que con su fuego derraman por doquier la muerte. ®

¡Hay de la caballería que en la carga vacile!

Los instantes, son combatientes que á centenares caen bajo la onda de acero que á los aires lanza el fue-

go del fusil y del cañón. ¡No hay que volverse á verlos; el ojo avisor al frente, y que corra, que ardiente corra el caballo volador!

¡Al enemigo, al enemigo, á la destrucción, al abismo, á la gloria. . . . !

¡Qué hermosos, qué inmensos sacrificios tiene que consumir la caballería en el triunfo ó en la derrota, en la que se le pide, á trueque de quedar deshecha, que proteja con su masa, ya sangrienta, la retirada de las otras armas, exigiéndole que el último dragón, al menos, corra á dar aviso del postrer desastre!

¡Ah! no en vano el General Foy, cuando apenas terminaban los heroicos tiempos napoleónicos, con entusiasmo y divino asombro, decía: para mandar ese huracán que se llama Caballería, hay que ser sobre el bruto un centauro; tener el valor del león, la mirada del águila, la voz del trueno y la decisión del rayo.

Dos oradores, en las conferencias hablaron respecto de esa arma: el primero, reseñando á grandes, vigorosos rasgos, su alteza, su caída y renacimiento en el pasado siglo; y el segundo, pintando en lo principal, su activo servicio de vanguardia, recordando al efecto estudios referentes del Teniente Coronel Cherrils.

La Caballería, por los servicios á que tiene que entregarse, por los supremos esfuerzos que se le exigen, más grandes mientras más el fusil y el cañón me-

joren, demanda tener gran instrucción, firmísima disciplina, á fin de ser expedita é inteligente en sus funciones estratégicas; relámpago en la maniobra, y en la carga, estrepitoso y brillante, ciego torrente de la lava de un volcán.

*La Artillería*, la portentosa, la que en su estado de relativo atraso, desde la época de Napoleón, por la dirección de su genio llegó á dar su tonante voz de mando á la victoria misma; la que corre con la caballería á los encuentros de vanguardia; la que, combinando los fuegos de sus baterías escalonadas, auxilia, anima, empuja al grueso formidable de las tropas, al supremo, al triunfal avance; la que, en imponente masa, ó aunando su acción bajo un sólo mando, arroja en sucesión furiosa, sus olas de muerte, avalanchas de acero mugidoras que arrasan el lugar sobre que se ha decretado con sentencia inapelable el exterminio; la que usando de la trayectoria curva ó tendida de sus proyectiles, bate en campo descubierto, ó busca por la caída de ellos, á los que se amparan tras las defensas del arte ó de la naturaleza; la que, debido al adelanto de la química para sus pólvoras, de la industria para sus aceros de diamante y sus construcciones mecánicas, ha llegado á transformar su cañón, poniendo la ciencia á su servicio, en instrumento precioso, de precisión aterradora en la puntería, de asombroso alcance, de vertiginosa rapidez de tiro, y de potencia tal que en tie-

rra pulveriza la fortificación montaña, para barrer sin piedad á sus defensores, y en la mar desbarata é incendia al buque acorazado.

La que en la Marina, por medio de potentes mecanismos, mueve y dirige, al esfuerzo de un sólo hombre, monstruos que lanzan toneladas de acero por instantes, y á la que, en el campo de batalla, se le demanda, bajo pena de muerte, ser instantánea en la maniobra; pues si un minuto la artillería contraria se le aventaja, colocándose en batería, sin remedio quedará despedazada.

Esa arma terrible, pero la que, so pena de derrota, debe en los tiempos actuales, ser tan científica como táctica, tan técnica como maniobrera; esa arma, tuvo en las conferencias dos representantes: uno tan profundo como brillante, al exponer magistralmente el estado de la artillería moderna, y otro que se levantó á la altura de su misión, presentando una sinopsis, en que reseñó con apropiado fácil lenguaje, la historia de un siglo de la complexa arma: breve síntesis de los cien años en que ha efectuado su gigante evolución, esa trágica, que con sus pulmones formidables, da en las grandes batallas el atronador alarido de guerra, y canta, con estrofas de lumbre, los períodos en que siega vidas enemigas sobre el pavoroso campo de la muerte.

*El Estado Mayor*, el que necesita imperiosamente

para organizarse, Oficiales ágiles, vigorosos, inteligentes é instruídos; Oficiales que hayan distingúidose desde las aulas, por la rapidez de comprensión, por la fácil asimilación de múltiples conceptos; que hayan practicado con provecho manifiesto en las armas tácticas, á fin de que las conozcan á fondo, ya que tienen que dirigir las; que realicen los trabajos de topografía, de itinerarios, con presteza y precisión, puesto que le servirán de antecedente para guiar las tropas; que sean ginetes notables para salvar veloces las dificultades del terreno, atletas para resistir las fatigas que exige un servicio de cuyos incidentes depende en un instante dado, la salvación de un Ejército, de una causa, de una nación; el Estado Mayor, el que requiere que los miembros que lo forman, tengan ante todo la caliente sangre del guerrero, cuya ola ardorosa, al subir quemando el cerebro, produce la chispa inspiradora en los trances críticos y siempre la decisión á muerte en los peligros.

El que requiere Jefes de conocimientos superiores, para apreciar sobre la carta, el tiempo, la distancia, las velocidades, los efectivos de las tropas en acción y los encuentros; y de elevada serenidad de criterio, para aquilatar los elementos intelectuales, morales y materiales del contrario y los propios, y con filosofía discernir la consistencia de ellos á la hora del choque.

Del que deben surgir los grandes Generales, por su conocimiento y práctica en todas las armas, y la sabia forma de dirigir las.

Ese servicio importantísimo, fué con método y erudición explicado en la tribuna de las Conferencias, hasta dejar grabado el concepto, hasta llevar á la convicción, la verdad preconizada de que el Estado Mayor, es el cerebro del Ejército; el que previene; abastece y dispone sus tropas de primera línea y sus reservas; el que indica y el que dirige sus marchas estratégicas; el espíritu luminoso del gigante armado de todas armas, que inspirado en el pensamiento del General en Jefe, tiene que tocarlas con el botón eléctrico del mando, para arrojarlas á la zona de fuego á bregar en el furioso duelo á muerte.

¡Estro es él, en verdad, de los combatientes, que marca los senderos para la realización de los destinos de la guerra!

En cuanto al servicio de *Ingenieros*, exige labor intelectual técnica y faenas tácticas; él, para la marcha de las tropas, abre ó repara caminos, establece puentes y ferrocarriles; para la comunicación instala heliógrafos ó telégrafos, y para la defensa acoraza con sus fortificaciones; él, cavando el subterráneo tenebroso, prepara la mina y vuela los fuertes del contrario, y arrasa sus posiciones; él en la guerra no rehuye los encuentros, ni se doblega á las fatigas, y en la paz

conserva las obras, erige cuarteles y hospitales, y forma y examina toda clase de proyectos que se relacionen con la seguridad del Estado. Servicio semejante, que es arma y servicio, tuvo por representante á quien, expuestas ideas generales respecto del Cuerpo de Ingenieros, trató con especialidad, verificándolo con lucidez y acopio de datos, sobre sistemas de construcción moderna, aprovechables al arte militar.

¡Ese arte, que para apreciar su importancia, basta imaginar la imponente masa de las fortificaciones que erige, los fuertes, los castillos que levanta, las líneas severas de duro relieve de sus obras, perfilando en el horizonte sus almenas sombrías; y calcular el esfuerzo de poder, de trabajo y de inteligencia desarrollado, para crear esas obras formidables, las cuales á voluntad allana, barre con el volcán flamígero de sus minas, como si las deshiciera á la voz de aterrador conjuro!

El luminoso saber del Ingeniero y sus duras faenas, se aprovechan siempre; y en el período de lucha, llega á ser auxilio gigante para afirmar el triunfo.

*La Sanidad:* la Sanidad, es servicio benemérito, que el conferencista que lo representara, hizo con limpidez de estilo resaltar, hablando de la vida civil y militar del Médico, y desarrollando hermoso tema sobre la importancia de sus trabajos en la educación y en la legislación de las sociedades modernas.

En la guarnición, al Cuerpo Médico está encomen-

dado cuanto se refiere á la higiene en todos los servicios, y atiende escuelas y hospitales. ¿Y en campaña? en campaña, las enfermedades diezman á las tropas, y los medios de destrucción entre los Ejércitos, aumentando prodigiosamente, originan la carnicería del combate. Aterradora sería la aglomeración de dolientes, sin el consolador auxilio del benemérito Cuerpo de Sanidad, cuyo estoico personal, sin combatir, sin tener los ardores de la lucha, y sí todos los peligros de la muerte, bajo la granizada de acero se disemina sobre el campo de batalla, á buscar al herido, á suspenderle la mortal hemorragia, á cerrar los bordes de la abierta herida, á cortar el miembro colgante que desgarrá; á caer atravesado sobre el enfermo á quien prodiga sus cuidados, formando con él un sublime grupo de dolor y de piedad.

*A la Marina*, tocó un orador genial, que se extendió en abstracciones sobre lo que es y debe ser una marina de guerra, y de las relaciones favorecedoras que tiene de mantener con los pueblos amigos.

La Marina de Guerra, por sí sola, es de grandísimo poder; pero no son fácilmente separables la Armada y el Ejército, en donde los Océanos bañan costas de pronto acceso, y donde éstas y sus puertos piden defensas combinadas; y menos en los pueblos nuevos que, como el nuestro, no han acumulado riquezas que les permitan organizar y sostener flotas que pueblen

sus mares, á las cuales independientemente les sea dable, cerca y lejos, obrar sin la constante ayuda de tierra. Así, los modestos elementos marítimos de que disponga, tienen que aunarse con los de las tropas del Ejército, en una ú otra forma, procurando por medio de las leyes, el obligado auxilio de la Marina Mercante.

Hoy por hoy, por lo que toca á la Marina nuestra, aunque esté como está en el infeliz momento del crecimiento, y con un halagador porvenir en perspectiva, no debe razonablemente aspirar más que á ejercer la policía en nuestras aguas, á mantener la respetabilidad por parte de los buques que hacen el tráfico en ellas, á servir para el transporte de tropas, á lo largo de nuestros litorales, y á llevar el saludo de nuestra bandera á los pueblos amigos.

A nuestros cañoneros podrá exigirse un formal combate, y nuestros marinos, inspirados en sus altos deberes, cumplirían en él como buenos; abordarían con sus escasas fuerzas á un enemigo por poderoso que fuese, que de actos semejantes se ven ejemplos en nuestra luctuosa historia, ante los cuales bien puede exclamarse, que hay seres que, en medio de su debilidad, al entregarse heroicos al sacrificio, avergüenzan á la fortuna, cuando no pueden vencerla.

*El Colegio Militar*, también levanta en las Conferencias su voz juvenil; y el representante respectivo,

tras de encomiar con generoso acento, con el noble de los floridos años de la vida, las graves virtudes militares que lo inspiran, presenta una tesis sobre fortificación en el campo de batalla; sobre esa forma de neutralizar los fuegos, de igualarse por momentos indispensables, con fuerzas superiores; sobre ese servicio interesantísimo, pero del auxilio del cual no debe abusarse, porque el atrincheramiento en el campo, cuando no lo demanda la necesidad, es la cadena que ata al soldado á la tierra, y lo estorba al avanzar cuando el avance en la lucha es la victoria.

Conmueve la voz del Colegio Militar, porque es la voz de aquellos niños gloriosos y sangrientos que murieron en la defensa de Chapultepec en 1847, y porque es la voz del porvenir de nuestro Ejército; y se escuchan en ella como acentos proféticos, de los adelantos á que llegarán nuestras instituciones militares, bajo la dirección de los que tienen que sucedernos en el mando, á los que con la melancolía de nuestra experiencia, y nuestros recuerdos de guerra, estamos para desaparecer.

¿Y al *acero*? al acero, los militares en sus certámenes le han dedicado una potente estrofa de su himno: el Ingeniero, el constructor, no debió olvidarlo, y la representación de Ingenieros no olvidó la industria referente á la composición de ese metal, que ha dado los más exactos instrumentos á la ciencia, y los más

poderosos á todas las industrias; los rieles al vapor, la magneta al telégrafo, las brillantes terribles armas al Ejército, dotándolo con prodigiosos cañones. Parece que al tratar sobre ese metal, olímpico nervio del progreso en la evolución asombrosa que presencian las generaciones actuales, se quiso con el acero, clásico material del armamento de los Ejércitos, como representar un gran trofeo de guerra, límpido y brillante, propio del acto militar y científico que las Conferencias significan.

¡Y qué gran trofeo puede imaginarse, con el acero en conjunto, como un astro: con el brillar de armas en que se destacan los cañones; lucir de sables á millares, ondear de mares de bayonetas; y semejante miraje, ofuscador de suyo, bruñido y reverberando á los fulgentes rayos de nuestro sol de los trópicos!

¡Magnífica, deslumbrante ornamentación para bélicas fiestas como las que hoy terminan!

*Armas y servicios* pasaron, pasaron en marcial desfile: cada uno de los conferencistas, representante de cada servicio y de cada arma del Ejército, saludó al pasar, blandiendo su estandarte, y levantó su vibradora estrofa en la tocata del bélico desfile. Y quedará la impresión del solemnísimo acto, anuncio de otro venidero; la voz de los oradores, hablando de la ciencia y del arte militares á los iniciados, será repercusión de ondas sonoras, haz de luces, sacudiéndose sobre sus

almas; notas y fulgores, que al producir intelectual fruición, inviten y animen á la diaria labor de ejercicios y de estudios, para llegar á ser sabios y á ser fuertes.

A ser fuertes y sabios, porque los que aceptamos el sagrado cargo de guardianes de la Ley y de la Patria, estamos en la obligación de adquirir el *sumum* de las potencias, la plenitud de los conocimientos y la plenitud del físico vigor, para poner todo nuestro valer en lo que toca al respectivo país, al servicio de los más altos fines morales de la humanidad, *el respeto á las instituciones y á la independencia de cada pueblo*, á fin de que, sin opresores y oprimidos, libres y grandes todas las naciones, puedan seguir al través de los tiempos, su glorioso destino de progreso.

Por lo demás, la abnegación y el valor, se imponen en nuestra carrera. La abnegación, para levantarlos superiores á las fatigas y á las penalidades; que le es preciso al que de ejemplo sirve, en medio de su propio cansancio y su dolor, animar con la sonrisa á los que manda. Por lo que hace al valor, el valor es común hasta en las fieras; pero el valor que se alienta en el noble cumplimiento del deber, es el que hace que el espíritu en que existe, se convierta en templo que no puede profanarse.

Así se forman á millares los guerreros, listos á entrar en formidables luchas; y apenas se trate de un

conjunto para combatir, y se gritará *orden, disciplina*; disciplina y orden, que es respeto por categorías, obediencia exacta é instantáneo al superior, y hacia abajo discreto y vigoroso mando.

El Ejército, el buen Ejército, no es el que en momentos dados sabe lanzarse con valeroso ímpetu; sino el que sabe soportar con firmeza los oscuros peligros, la rígida disciplina, la continua subordinación, y resistir constante las pruebas del infortunio.

Tal es la fuerza y engranaje de la grandiosa máquina llamada Ejército, que demanda perfección para funcionar en plenitud, en el instante que se le toca.

Y la posibilidad más ó menos remota de la guerra, y la necesidad de asegurar la paz, siempre un Ejército demandan.

Se siente mayor necesidad de seguridad, cuanto más se eleva la civilización, cuanto más se multiplican y crecen las industrias y aumentan las riquezas de un país; esa seguridad es condición y consolidación que requiere su progreso. El amparo del Ejército, la protección del elemento bélico, es, pues, necesario para el cultivo de todas las otras artes, para la tranquilidad indispensable al encumbramiento de las ciencias, para dar garantía á los cambios y transformaciones que ejecuta la riqueza de los pueblos.

Dos escuelas que han llegado á constituir congresos, han generosa, noblemente pensando en la paz uni-

versal; pero aun sus dictados exigirán la sanción de las armas. ¿Quién se impone para hacer respetar el Derecho?

¡Ay de los débiles si aparecen encontrados intereses en el gigante avance de los pueblos; quedarán desechos, aplastados bajo la planta de los poderosos, que corren al porvenir ánhelantes, á paso de carga! ¡Será olvidada su nacionalidad y hasta su raza!

No es extraño, pues, que al objeto de organizar fuerza, para afianzar la individualidad viril, la independencia de cada Nación, se adunen con voluntad noble y enérgica, todos los elementos del poder, del saber, de la moral.

De allí es que el estado en que se encuentra un Ejército, sea el signo inequívoco que muestre la prosperidad, la cultura, el patriotismo del pueblo á que pertenece: es su florecencia, es el símbolo de su elevación, es la síntesis objetiva de su pasado y de su presente.

«Indicio cierto de la civilización creciente de un país, ha dicho un historiador filósofo, es el que las armas le sirvan para conservar la paz, y hacer que sus frutos no sean arrancados ó destrozados en flor, por enemigos externos ni interiores conmociones.»

Sí, los progresos de las armas aseguran contra las revueltas y las invasiones; y la guerra, que es duro oficio, sublime arte, especial ciencia; que demanda al-

tos auxiliares, por que está enlazada con la diplomacia, por las causas que dan derecho á declararla ó aceptarla; con la economía, por la administración; con la legislación, por sus instituciones; con la filosofía, para medir su acción en relación al enemigo, al tiempo y á la historia; la guerra, que exige por sí misma altezas, y que necesita tan altos auxiliares, siempre tiene y tendrá por principal elemento al hombre, al hombre dotado de espíritu, con sentimientos y con facultades; y si en México tocáis el corazón del hombre con el rayo del patriotismo, os gritará divinizado: *¡Dadme el fusil, y al llegar el momento, estoy dispuesto para lanzarme al fuego!*

¡Ah! ¡con qué grandiosa majestad se ostenta la noble, la alta vocación de un pueblo!

El Gobierno ha tocado, con sus disposiciones relativas á la formación de las Reservas del Ejército, el corazón y la inteligencia de la juventud mexicana, y ésta ha corrido, ha volado, acudiendo de un modo conmovedor, en apretadas falanges, al patriótico llamado; y entonces, como si se encendiera ante el espectáculo magnífico, el espíritu militar, desde la tribuna de estas Conferencias parece que él dirige su alentadora voz á los nuevamente iniciados, á esa masa de jóvenes ciudadanos puestos en movimiento para realizar un sólo y grande pensamiento del Presidente de la República, inspirado en el deseo altamente moral y glorioso de

asegurar, dentro de los principios de la democracia, hasta para el más remoto futuro, y más cada día, la integridad y la independencia nacionales.

La organización de los preciosos elementos que han de ir preparándose, demandan tremenda labor, y por parte de todos perseverancia inquebrantable. Toda grande empresa es una lucha, una educación, una palestra.

¡El Ejército Permanente, en ese gran trabajo, es el que va á ser el educador y el modelo: su responsabilidad es inmensa ante la historia; inmensa, cuanto es grave y gloriosa la misión!

¡Ah! el instante histórico por el que la República atraviesa, es solemnisimo.

El luchador titánico en las luchas por las instituciones; el héroe á la hora de la defensa de la independencia patria; el que matando la anarquía, unificó los disgregados elementos del país, y dió paz á la Nación; paz á cuya sombra, se vigorizaron y crecieron asombrosamente y se multiplicaron las industrias, poniéndose en pie las ciencias y las artes; el que estableció en admirable escala los ferrocarriles, para que se verificara el cambio productivo, la circulación que diera vida á las riquezas muertas, y los telégrafos á fin de que tuviera efecto la comunicación rápida en que tomara alas para volar el pensamiento; el hacedor de la nueva Nación; el creador del México Moderno, no con-

cluye su portentosa tarea; y al contemplar ya á la República con todos los elementos de una nacionalidad, con un ejército dignificado por la historia, con un pueblo redimido por el trabajo, que ha llegado á ser respetuoso ante la ley, y que en todas sus capas sociales se conmueve con el estremecimiento sublime de la humanidad y de la naturaleza, al oír la voz sagrada del patriotismo; le ha dirigido la palabra con sus disposiciones para la formación de las Reservas del Ejército, tendientes á que los defensores de México lleguen contarse en no lejano día, por el número de sus habitantes, para así, antes de desaparecer él con la generación de sus colaboradores, mirar en perspectiva vigorizada á la Nación, á salvo por siempre ante las asechanzas del futuro su autonomía, que al afirmarle la individualidad soberana, le permita bastarse á cumplir dignamente sus destinos en la grandiosa marcha del progreso humano; á ella, á esta Nación que por su antigua historia, por sus luchas, por sus desgracias y sus glorias, y por su situación geográfica, es la visible piedra miliaria, y la frontera en los tiempos y en las razas de este continente, que se llama el Nuevo Mundo.

En los momentos solemnes de la historia de los pueblos, los grandes ideales se ciernen en su cenit, vibran en su atmósfera, y hablan á las almas, y despiertan los entusiasmos, y arrebatan las muchedumbres, y predicen el porvenir....

¡Ah! ¡me parece que se enciende el cielo, y que semejando una visión profética, nube voladora brillante en oro y escarlata, blande en los esplendores del firmamento penacho de llamas, iris inmenso, con los tres colores que tiene el raso de la bandera de la Patria....!

No sabemos hasta dónde México irá en su marcha de avance; pero en el momento supremo de su vida á que asistimos, como á una consagración, cumple á nuestro deber prepararle el equipo que ha de asegurarle la fuerza y autonomía de su ser, y con esto, la capacidad de que realice la misión humana que le corresponda. Tras de satisfecho ese deber sagrado, que ha tocado en suerte á la generación á que pertenecemos, que se derrumbe, que caiga ella en tierra, agotada por sus afanes; y que, con sus legados, con sus cenizas, dé asiento á la planta de las vívidas generaciones de nuestros hijos, que gloriosas se levanten!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

